

## EN TONO MENOR

Con un miedo y una devoción enormes voy a intentar el comentario de un aspecto de la vida y de la fecunda obra de Concha Espina.

Mi miedo es humilde ante el centenario de mi abuela, la primera mujer de nuestro tiempo. Miedo de querer profundizar en lo que ya es historia grande de la literatura universal; miedo de querer buscar motivo y comentario en algo tan sagrado y tan reciente para mí.

Yo tuve la entrañable intimidad de la vida diaria en sus últimos años; pero sería imposible comentar esas horas nuestras; sería sacudir, cantar a todos los vientos algo que yo quiero que sea sólo mío; como un tesoro, como una herencia suya.

Mi devoción por ella fue creciendo con mi vida misma, quizá por ser la primera hija de su única hija: su tercera vida.

Mi cuna se meció entre sus cuartillas y así me fui uniendo a ella en pensamiento y en amor.

Creo que he sido su último juguete y que ella se sentía, por eso, un poco responsable de la formación de mi niñez y de mi adolescencia. Yo jugaba a hacer versos, a su lado; era un juego nada más; pero yo sé que a ella le ilusionaba y le hacía feliz. Eso era lo importante.

No me atrevo por tanto más que a glosar una parte pequeña de la literatura de mi abuela, Concha Espina; y una parte, pequeña también, de su vida: la parte breve que me tocó vivir a su lado.

Esta fracción de la gran obra literaria de Concha Espina

la forman sus cuentos breves, sus *Pastorelas*—poemáticas novelas cortas; sus crónicas diarias; sus versos.

Literatura y trabajo menor al lado de su obra maestra: la novela. A mí me parecen estos relatos como pensamientos vivos de ella; nacidos de repente, de una emoción, de una tristeza, de un goce, de una noticia: y por eso me recuerdan más a su vida misma al margen de la literatura: a su vida de mujer y de madre.

Esta literatura menor son poemas en prosa de muchos años de trabajo y de sentimientos; y tienen la airosa y moderna voz del periodismo actual, dándoles muchas veces un sentido nuevo y avanzado a su forma de escribir.

¿Páginas menores? ¡Páginas de antología!

Concha Espina escribe con la misma belleza y personalidad de estilo *El Metal de los Muertos*, *La Esfinge Maragata*, o una crónica para un diario. Su calidad de primera escritora, su responsabilidad literaria, su tremenda vocación, son exactamente iguales para un libro o para un pequeño poema.

Pequeños cuentos y poemas. Nietos—menores hijos de sus grandes libros—.

—«He soñado una crónica»—decía. La crónica veía la luz al día siguiente.—«He soñado»... ¡Con qué maravillosa sencillez nos lo contaba!

—«Tengo *aquí*» un artículo, y señalaba su frente llena de tanta vida, de tanta poesía, de tanto paisaje.

En tono menor, en suave y dulce tono menor nos comentaba Concha Espina aquello que *tenía allí*, detrás de sus ojos sin luz; allí, dentro del poema grande de su castellano y de su creación.

Yo no me acuerdo de los ojos bellísimos de Concha Espina. Sé que me conocieron, que llegaron a verme, y que ella alcanzó a pasearme de su mano en una primavera del Retiro madrileño. Primaveras que después hemos paseado las dos en el mismo Retiro; de la mano también. Yo veía con su luz interior, ella caminaba con mis ojos de adolescente...

Pero cuando mi niñez empezó a darse cuenta de las cosas, Concha Espina me miraba ya, solamente con sus manos. Me recorría la cara para adivinarla, en un gesto de infinita dulzura.

Mi primer recuerdo de Concha Espina es el de una mujer de

expresión extraordinaria, inclinada durante horas y horas sobre una rejilla gris, que le permitía no torcer su escritura. Era como una canción: un triunfo de la vida sobre el dolor.

Aquella rejilla gris era un perfecto pentágono, una música con arpeggios de vientos, de olas, de horizontes. Ese triunfo de su ceguera sobre la vida, sobre el trabajo; ese triunfo al que nos fuimos acostumbrando todos los suyos, sin darle demasiada importancia, es también el triunfo de su prosa menor sobre la vieja historia del castellano; y solamente por esa prosa breve de Concha Espina, hubiera merecido un sillón, aquel sillón que se quedó vacío, para siempre, en los anales hispanos de la famosa y mortal inmortalidad.

Concha Espina abraza en sus cuentos cortos dos siglos de costumbres y de acontecimientos. Porque la obra de Concha Espina—que tiene entre sus manos el cetro de la novela nacional—según palabras de Blanca de los Ríos, pasó por el arco indeciso de dos épocas muy diferentes. Así evolucionan su sensibilidad y su pluma, de tal manera, que nos adentran de una forma a veces costumbrista, a veces bucólica, en la vida del pasado diez y nueve: y después saltan, actuales, modernos, a la plenitud de 1950, con una realidad y una palabra embellecidas e iluminadas.

Todo lo que literalmente se puede decir de Concha Espina, hace mucho tiempo que se ha contado. Yo sólo estoy aquí para hacer un esbozo modesto—como es también modesta mi condición literaria—.

Quiero repetir, en el comienzo de este esbozo, una frase que comentaba Víctor de la Serna en el prólogo de las *Obras Completas* de su madre: son unas palabras de Eugenio Montes, que dicen: «Hasta el aire se viste de hermosura cuando suena la prosa de esta ciega esclarecida.»

El aire literario de 1900, empezó a vestirse con la hermosura de una pluma joven y distinta de mujer.

Las estampas del campo montañés son verso blanco de prados y de cielos, de vidas que nacen y que pasan por ese campo; acunado siempre por la inigualable canción del mar.

*El Rabión*: un cuento pequeño con una prosa grande. *El Rabión* abre nuestros ojos a esa vena invisible de un río en cre-

cida. Unas vacas y un niño, sencillamente, adquieren dramatismo y emoción completos en su pluma.

Acuarela perfecta, atormentada y preciosa. Hay que amar mucho a la tierra que nos dio la cuna y hay que rimarla perfectamente, para plasmar sus horas, sus gentes y sus horizontes como ella los ha plasmado en sus relatos de la Montaña:

.....Había madrugado el sol a encender su lumbre rutilante en la nieve de los montes, y deslumbraba la blancura del paisaje lueño y fantástico a la luz cegadora de la montaña...

Nos hundimos en un valle montañés en pleno amanecer; deshelados los montes, fresca la mies y tormentoso el río, con su vena rugiente: *El Rabión*.

*El Rabión*, obra menor en cuartillas, grande en perfección y estilo. Es toda una imponente sinfonía patética desbordada al viento y a los cielos.

Concha Espina, en estas *Pastorelas*, acaricia, vive y sufre con su tierra; se mete en ella, se envuelve toda en la niebla, en la yerba, en el ansar; y cuando se ha bañado de toda su dulzura y de todo su dolor, se vuelve su poeta y escribe el verdadero devocionario de la Montaña. Cantabria: primera tierra de su sentido literario.

Mieses..., prados, un río... ¿Cómo podemos hablar de todo esto alrededor de su figura, sin hablar de Luzmela...?

Este lugar donde no se oye ningún ruido del mundo, y por eso, sin duda, escuchamos tan claras y distintas las voces inaudibles de la naturaleza: susurros, estallidos, preguntas y llamadas sordas

...Esto es Luzmela. Este es el remanso de la niñez de Concha Espina, y en donde le alcanzaron las tinieblas de sus ojos.

En ese Luzmela umbroso y verde de montes soberanos, ella, la escritora, se siente hermanada con toda la naturaleza; con yerbas, con aguas, con flores.

.... Una inmensa emoción nos arrodilla sobre la tierra nuestra, hermosa; y sentimos los ojos llenos de lágrimas: también el ábrego férvido y purificador, suele convertirse en lluvia...

Su vida en Luzmela se hace más atenta al soplo del viento y a sentir, purísimas y nítidas, todas las voces del paisaje.

El viejo solar de Luzmela nos ha envuelto a todos en una nube íntima y familiar. ¡El matriarcado de Luzmela! Allí, donde amanece más despacio.

Luzmela amanecía con Concha Espina, cuando ella no veía ya aquel amanecer.

Muy temprano, unos pasos firmes y suaves a un tiempo, despertaban el hogar; y una puerta sonaba; era la puerta labrada de una capilla: el oratorio particular de Concha Espina.

Así su obra mayor y menor nació día a día sobre su falsilla gris al aire limpio de Luzmela.

Trabajaba sentada en una butaca pequeña; sobre sus rodillas su instrumento de trabajo: la falsilla.

Algo indescriptible eran su constancia y su horario. Trabajaba ocho horas: se sentía una trabajadora más. Era un perfecto ejemplo el de esta mujer octogenaria y ciega a la que no hacía falta lazarillo porque aprendió el difícil arte de vivir luchando cuando casi era una niña; y en los últimos años aprendió, también, que se pueden hacer grandes cosas viviendo en el reino de las sombras. Pero no daba la sensación de vivir en ese triste reino. Su gesto era alegre, su carácter jovial, su conversación amenísima, su sonrisa muy dulce.

Todo esto y la sencillez de su persona, al margen de su gran personalidad, hacían de esta mujer un conjunto extraordinario.

Nunca ostentó ninguna de las numerosas condecoraciones españolas y extranjeras que poseía, excepto una copia diminuta de la Medalla de Oro del Trabajo, que prendía con su mano pequeña, cada mañana, sobre su blusa:—«Esta—decía—sí la merezco». Como asimismo, y requerida por el autor del retrato, el ilustre pintor López Mezquita, lució dentro de casa, mientras «posaba» para el artista, la Banda de Damas Nobles de María Luisa, regalo de Alfonso XIII. López Mezquita le rogó que lo

hiciese, porque banda y medalla daban al retrarto un tono que a él le gustaba mucho.

Al aire de Luzmela trabajaba con el mismo tesón que cuando comenzó su labor de escritora, en plena juventud. Ni el verano, ni la tentación del jardín, ni el sesteo de muchos agostos la doblegaron jamás.

En el silencio de Luzmela he escuchado el imperceptible ruido de su lápiz y el rasgueo de una cuartilla acabada.... Ahora, en ese silencio amplio de la aldea, cuando ya su vida no tiene linde, cuando se sacuden juntos todos sus recuerdos, el viento quiere pararse para homenaje de su centenario. Es el mismo viento que envuelve su estatua y su casa; el que salpica de pétalos de flores su jardín; el que nos trae olor a mar; es el viento poderoso de los años y de la gloria el que quiere extasiarse ahora aquí en Luzmela, como el suspiro de una rosa o de un laurel, para rendir recuerdo a su dulce dueña.

... Cien años se han cumplido el 15 de abril, del nacimiento de una de las glorias últimas de nuestra literatura.

Pero no nos pertenece a nosotros cantar sus cien años; sino recordar emocionadamente este día suyo, ser un retazo puro de la aldea, sentir la responsabilidad de su sangre y de su apellido como un extraordinario blasón.

Recorremos el santuario literario de su casa paso a paso sobre el viejísimo suelo de castaño; abrimos la ventana que quiere tapar la yedra. Y leemos su prosa, bella y personalísima, nacida para gloria de nuestras letras. Concha Espina rozó el Premio Nobel de Literatura; sólo un voto, y no precisamente por clara oposición de valor literario, le faltó para lograrlo.

Pero su categoría humana y de escritora estuvo siempre por encima de premios y de blasones. Y ahí está, *viva en la muerte*, como una reliquia, como mensaje y ejemplo de uno de los mejores autores castellanos de nuestro tiempo.

En tono menor estaban escritas sus *Pastorelas*, nacidas de la vida misma de la aldea, de su aldea: de Luzmela.

La casa de Luzmela, la vieja casa de la Plaza, volvió a cobrar vida bajo las manos de Concha Espina. Era nuestro hogar renacido a la gloria de muchas primaveras y de mucha historia.

La solana volvía a cubrirse de glicinia; su ex-libris quedó enmarcado, prisionero de la enredadera: hubo sed de pozo—el pozo que nunca se agotó—; olor a boj en el jardín, un magnolio, abetos... ¡muchos rosales!

La casa de Luzmela siempre tuvo niños y pájaros porque su dueña amaba estas dos cosas, entrañablemente, y se admiraba de ellas, y las acariciaba con su lenguaje. Pero ni los niños de su sangre ni los pájaros de su jardín, interrumpieron jamás su trabajo.

En Luzmela tuvo también Concha Espina su música. Una guitarra tañía arriba, en el estudio, muy cerca de los nidos. Concha Espina echaba mucho de menos aquella música cuando la guitarra tenía que alejarse del hogar: de su hogar.

Pájaros, niños, música y trabajo.—«Se está bien aquí: hay rosas, hay paz... estamos en Luzmela».

Al amor y al viento de Luzmela nacieron muchas páginas de Concha Espina, dedicadas a los nietos. Casi todos guardamos un cuento, un poema, sólo nuestro. A todos nos quiso por igual, porque en todos veía la prolongación de su sangre a través de sus hijos, a los que adoraba. Hubo un niño, moreno y precioso, que fue su debilidad. Un nieto que vivió sus seis años muy al lado suyo; el único que se atrevió a decirle un día:

—Abre mucho los ojos, madrina: más, que yo me pongo muy a la luz para que tu me veas.

Aquel nieto, José Antonio de la Serna y Maurer, gozó mucho del encanto de Luzmela: y se lo llevó Dios, para gloria de sus ángeles. Fue cuando mis pocos años supieron, por primera vez, que los ojos ciegos de madrina podían llorar muchísimo.

#### ENTRE LA NOCHE Y EL MAR

Al otro lado del mar empezó Concha Espina a escribir «en serio». Empezó con pequeñas colaboraciones y con versos.

Al otro lado del mar, lejos del mar de su juventud, lejos de Traspeña y de Marsolo, con brumas y con olas de otras orillas, nacieron sus primeras páginas.

Y Concha Espina escribía versos.

En su primera entrevista con un sacerdote, director del pequeño periódico *El Porteño*, en Valparaíso, ella ofrece su trabajo y dice sencillamente:— «Soy poeta».

Sin embargo, es muy poco conocida la obra poética de Concha Espina, a pesar de la cantidad de poesía que llena sus libros. Versos escritos a la orilla del mar, para dos cunas recién estrenadas; las de Ramón y Víctor de la Serna y Espina.

... Alba de mi existencia,  
Valle del Paraíso.  
Una pálida huella  
en remoto camino...

La obra poética de Concha Espina ya había empezado a dejar su huella; una pálida huella entonces, en el alba de su existencia.

... Y cuando muera,  
su gemido  
por toda la ribera  
sacudida,  
en cada golpe del sagido  
hallaréis un latido  
de mi vida...

Su noche y su mar. Su vida y su obra estuvo realizada dentro de estas formas gigantes de la naturaleza. Al borde de la noche transcurrieron sus días durante casi veinte años. En estos años, ciegos y luminosos a la vez, escribió sin descanso nueve libros, y un sin fin de colaboraciones.

Veinte años de los que puedo dar fe de esta inmensa mujer, honra de España, grande de las letras universales, señora de Luzmela, madre y abuela, matriarca de una familia numerosa y fecunda, que a veces no se atreve a esgrimir la pluma por miedo a herir el aire literario de ella. Y que otras veces, esta gente suya, la empuña con un rasgo decidido, de franca herencia; como una obligación, como un mandato.

... Su mar:  
... Porque mi vida y mi obra están hechas juntas, al borde y encima de la mar, de este mar de Cantabria «encastillado en su bravura».



Cuando ya no pudo ver este mar, se dejaba besar por él; y yo sé que le escuchaba con emoción, casi con miedo, como si adivinase allí su vena de poeta: profundidades bellísimas pero amargas; patria y refugio en donde reposar la frente y el corazón.

De espaldas a ese mar, Concha Espina se perdura e inmoviliza en la blanca piedra de su estatua; poema prolongado en la efigie del hijo escritor que mira también hacia la ciudad, al lado de su madre. Una herencia directa, fecunda, perdurable.

Hijos los dos de la misma ribera, de la misma cumbre; callados ahora, en el sueño de Dios. Porque en un último y misterioso límite nos habla Concha Espina de «la otra orilla» con una fe profunda y total, la fe que trazó todo el largo camino de su vida y de su obra.

Al hablar del verso espiniano no podemos dejar de mencionar unas palabras tuyas en el prólogo de su libro *La segunda mies*. Dicen:

Yo nací bajo el signo cándido y loco de la rima: rimé en la imaginación esos renglones incantados antes de saber escribirlos; desde el alba de mi estrella.

Y llama a su verso «canción invencible», esa canción de la que han nacido tres libros, en silencio, alejados del alboroto y de la propaganda. Cuando Concha Espina descansaba de su labor de escritora, hacía versos. Los hacía sencillamente, casi sin corregirlos, en un escape de su espíritu y de su emoción. *Orilla del Saja* corresponden a su plena juventud: aquí están:

#### ORILLA DEL SAJA

*A mi padre, ausente.*

Quietas las hojas en las altas ramas  
forman dosel de plácida frescura,  
a cuyos pies deslízase y murmura  
canción eterna el río que tu amas.

En su voz siento yo que tu me llamas  
con entrañable acento de ternura  
y ven mis ojos en la linfa pura  
gotas de llanto que por mí derramas.

Siempre que en su ribera florecida  
miro correr las aguas bulliciosas,  
el Saja a tu recuerdo me convida

con atracciones dulces y amorosas;  
y sus consuelos pago enternecida  
sobre la espuma deshojando rosas.

Los versos que se siguen ya son de su madurez: estos son:

#### LA SEGUNDA MIES

Bajo el temporal deshecho  
de mi destino, Señor,  
a Ti mi plegaria endecho,  
y segunda vez cosecho  
el fruto de mi dolor.

Enlutadas florecillas  
de un trágico anochecer,  
de mi playa en las orillas  
son las únicas gavillas  
que he podido recoger.

Pasto de las olas fueron  
como el son de mi cantar,  
cuando su esencia me dieron  
y su amargura prendieron  
«entre la noche y el mar».

Caminante y marinera  
por fueros de mi pasión,  
hice de mi primavera  
labrantío y sementera  
de trabajo y de oración.

Y no me olvidó el relente  
de la marejada ruin,  
que eran un reclamo ingente  
con los soles de mi frente  
las rosas de mi jardín.

Aquel agosto, Dios mío,  
te lo consagro, y también  
las alas de mi albedrío,  
de mis venas el rocío,  
las espinas de mi sien.

Cuanto signifique alarde  
en mi encendida ilusión,  
a esta sombra de la tarde  
mientras me puzna y me arde  
la estrella del corazón.

Mientras uno los manojos  
para la tercera mies,  
que veré, Señor, de hinojos  
cuando se alumbren mis ojos  
dichosa y libre a tus pies.

Hay otros muchos poemas no publicados: son únicos, no tienen copia y duermen una completa intimidad en unas cuartillas guardadas al socaire de la crítica o de la curiosidad.

Fue muy importante la poesía para Concha Espina. Era su remanso, su oasis. Era un camino siempre abierto en apacible mansedumbre, como las alas de los cielos.

Se cernían sus versos sobre su rejilla. Y no le gustaba que nadie fuese espectador de su trabajo. Ella quería trabajar a solas. Y debo confesar aquí que, casi sin quererlo, burlé su deseo algunas veces: me extasiaba en el quicio de la puerta, para verla escribir. No recuerdo nada más sereno ni más ejemplar....

.... Mientras uno los manojos  
para la tercera mies...

La tercera mies la recogió un 19 de mayo cuando sus ojos se alumbraron para siempre en la luz completa de Dios.

Aquí sería imposible continuar. Su muerte no pertenece más que a ella, y queremos vivirla y recordarla.

... Devoción y miedo me han guiado hasta aquí, con estas cuartillas que quieren darle a madrina un homenaje, mínimo homenaje, una rosa a su memoria, en esta tarde, al viento de su amado Santander.

Ella me legó en prodigiosa herencia la vena de su lema en unos versos que son para mí casi una oración: estos son:

Paloma que descubres rauda levante  
en la grávida puesta de mi jornada,  
son tus cándidos ojos la interrogante  
que me trasunta el vuelo de una mirada.

El Señor santifique tus bellas horas  
con el óleo perenne de la ventura,  
y que el áureo castillo de tus auroras  
ilumine el recuerdo de mi ternura.

En él, por tí lozano dure mi lema  
como broté de un árbol dócil y fuerte,  
corazón numeroso, rezo y poema  
que trasueñe la vida sobre la muerte.

PALOMA SAINZ DE LA MAZA Y DE LA SERNA

Madrid, 15 abril 1969.